



# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.<sup>a</sup> ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*La Virgen del Pueyo*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*Flor de un dia* (poesía), por la Baronesa de Wilson.—*El camino angosto* (conclusion), por D.<sup>a</sup> María de la Cruz.—*Modas*.—LÁMINAS: *Figurin*, núm. 863.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patronos*.

## REVISTA DE MODAS.



L otoño del año ha sido siempre la primavera de la Moda! Completos los equipajes de las lindas viajeras, que van con sus gracias y su ingenio á contribuir á la animacion de los puertos y establecimientos valedurarios; satisfechas tambien las necesidades y caprichos de los que no abandonan su residencia habitual; la Moda permanece encalmada y casi adormecida en los últimos meses de verano, hasta que las primeras brisas del otoño le hacen de nuevo salir de su letargo: al desnudarse la naturaleza de su verde y espléndido ropaje, la Moda se viste de nuevo todas sus galas y agota sus recursos para ostentarse en toda su magnificencia deslumbradora.

Graves cuestiones se agitan entre sus principales intérpretes, á propósito de los trajes cortos y largos, á propósito del corte de los cuerpos, y en especial del de las mangas, disputándose en este terreno el favor de los contendientes la manga justa y recta, digno complemento de un traje severo, y la manga griega ó la judía, que tan bien armenizan con un traje de exajerada pretension. Todas esperan que gane la causa su defendida, aunque nosotras, que estamos en íntimos secretos de la Moda, podemos afirmar que unas y otras se repartirán por igual los favores de la deidad caprichosa. El traje corto será definitivamente el traje de calle en la villa y corte, y el traje largo quedará relegado al salon, á la visita, ó á la comida de etiqueta... por ahora. ¿Llegará dia en que el traje corto usurpe al largo este último resto de su dominio? Algo pudiéramos profetizar, si no temiéramos arrancar sus ilusiones á mas de una niña que se complace con la ampulosa cola de su falda larga!

En los trajes cortos reina sin rival la doble falda en

grandes picos, que figuran paños la de encima, ó abiertas por todas las costuras, y prendidos los paños con lazos ó presillas, siendo una de las hechuras mas admitidas el paño de adelante mas corto que la parte de atrás, prolongada en puntas que se anudan sobre la falda interior. Estos trajes se hacen para el otoño en telas de seda ó *foulard* en medios colores, siendo por lo general el cuerpo liso y la manga justa.

Para los trajes largos seguirá dominando la falda nesgada, y aquí entra la cuestion del corte de los cuerpos: las pocas modistas que reunen el ingenio á la habilidad y al gusto, comprenden la dificultad que ofrece el adorno de estos trajes lisos en la falda y en el cuerpo, y para evitar este escollo se habla mucho de cuerpos á lo Luis XV con gran escote cuadrado por delante, de cuerpos plegados y cruzados por delante, una punta sobre otra, de corpiños suizos, ó de cuerpos orientales con muchas perlas, introduciendo en cada uno de ellos las modificaciones que exijan las cualidades físicas de cada señora. Creemos desde luego que los dos cortes citados en primer lugar se llevarán la palma; pero todo esto nos asegura que los cuerpos van á llevar mucho adorno, ya que se excluye de las faldas. La manga justa nos parece imposible con cuerpos tan pretenciosos, y de seguro las de forma abierta serán las destinadas á completar estos trajes distinguidos.

Entre tanto que van saliendo á luz las nuevas confecciones, se viste blanco, mucho blanco, y en los paseos y en las playas se vé á las señoras que saben vestir, contrarrestar la ligereza de estos vestidos, envolviéndose en distinguidas rotondas imperiales, prenda siempre cómoda y elegante. Con ellas compiten los paletots de lana dulce, ó de tela igual á la falda primera, de forma holgada y con linda capucha, cuya borla llega al límite del abrigo. Los paletots



de vestir se anuncian entallados y rectos, los segundos de forma prolongada por delante, y unos y otros con manga perdida.

El fichú María Antonieta, esa prenda que, como pocas, sabe reunir la gracia á la elegancia y la sencillez, vuelve decididamente á recobrar su perdido imperio, y se ven trajes de foulard, alpaca y pelo de cabra, con lindo fichú ó manteleta corta, cuyas puntas cruzan en el pecho, para ir á formar nudo por detrás en el talle, descendiendo sobre la falda. Esta prenda, fresca y juvenil, se hace lo mismo para traje largo que corto, y biés de la tela del vestido con guarniciones de lo mismo, que de tul blanco ó negro para vestir mas. De uno ú otro modo es una prenda graciosa, elegante, y que conviene sobre todo á las jóvenes.

En sombreros poco ó nada podemos decir todavía. Los modelos de Otoño no han aparecido, y aunque algo pudiéramos anticipar, preferimos aconsejar á nuestras lectoras que calmen su impaciencia, confiadas en las hábiles manos que tienen á su cargo resolver el asunto. Desde luego les aseguramos, que no será una, serán varias las formas que se sostengan en la próxima estación, continuando el sombrero echarpe para teatro, forma que tanto viste y tanto favorece al rostro: en esta hechura hemos visto uno blanco, plegadito con bieses de terciopelo grana, y otro negro con lluvia de oro, que no dejaban apetecer que nuevas formas vinieran á reemplazarlos. Con estos y la graciosa toquilla, que tanto se ha generalizado, que hasta ha logrado salvar el Pirineo ostentándose sobre las cabezas de las francesas, nuestras convecinas, tenemos bastante para pasar estos dos meses y esperar las modas de invierno, que serán ya las mas seguras. Las de otoño son modas de transición, y apenas un sombrero ha salido de manos de la modista, se espone á ser arrinconado por el de invierno, mas indispensable y de carácter mas fijo y determinado.

Las fábricas en sederías, se ocupan tambien de los tejidos de la próxima estación, y podemos en este género adelantar algunas noticias á nuestras lectoras. El gusto de las telas de invierno se dividirá entre el color liso y los brochados menudos. En Lyon, cuyas fábricas están á la cabeza de todas, se hacen terciopelos, sargas, moirés, y principalmente raso: estas serán las telas de invierno, y los colores predilectos de la Moda el vino ó corinto, azul, verde-luz y verde-noche, color de oro, venturina, y el gris en toda su variada escala.

Ahora citaremos dos modelos que tenemos á la vista ya en estas nuevas telas, y cuyas formas recomendamos á nuestras lectoras. Es el primero un traje para visita ó comida, y se compone de falda muy larga y nalgada (*Figurín 863*), de raso azul, montando un paño sobre otro con botones de terciopelo azul, y adornada la orilla superior con una *ruche* de cinta de terciopelo muy estrecha: el mismo adorno orilla todos los paños de la falda superior, abiertos hasta cerca del talle, y asimismo adornados de botones en todo su largo, cortados por abajo en tendida media luna.

El cuerpo, abierto por delante, con chorrera, lleva dos órdenes de botones á cada lado, y cinturón de terciopelo azul ciñe su talle redondo, completando el traje manga justa abierta en la costura interior, y sujeta en el puño con botones en todo su largo: puños blancos de batista vueltos sobre la manga, y cofia de encajes blancos con dobles bridas de cinta azul.

El segundo vestido, para calle, consiste en un traje de sarga gris hierro y doble falda, adornado de galones de seda y agremanes de pasamanería negros: ambas faldas van cortados los paños á ondas y picos alternados, ocupando un paño cada onda y cada pico, y figurando estos sobrepuestos y mas prolongados que los de onda, llevando ellos el agreman en la misma forma que el paño, y además de los dos galones de seda que guarnece á cada uno. Paletot de glasé negro, de talle corto y ceñido, continuándose los costadillos en grandes picos sobre la falda, adornados de un entredos de encaje entre terciopelos, y fleco de azabache al pié: dos trenzas del mismo glasé suben por delante desde el talle al hombro, y bajan otra vez por detrás concluyendo flotantes, con lazos sobre la falda. Sombrero de crespon blanco guarnecido de encaje, con pluma y bridas blancas, sujetando éstas una rosa encarnada igual á la que adorna por fuera el sombrero: bandó de seda, grana tambien.

Estos dos modelos, que pueden ya llamarse de la nueva estación, son de tanto gusto como riqueza; pero lo importante y lo que no vacilamos en recomendar, son las formas; con telas de poco coste y una buena modista, puede la señora de mejor figura brillar y lucir entre las mas elegantes sin comprometer su fortuna modesta, y á veces el porvenir de su esposo y de sus hijos. El secreto de parecer bien gastando poco en vestir, es habilidad que poseen solo las mujeres de rara distinción, y que alcanzarían todas si llegaran á convencerse de lo mucho que vale y los dones de bienestar y estimación que otorga. Así, pues, no cesaremos de recomendar la elegancia unida á la modestia.

Cerramos nuestra revista recomendando para niña de diez años (*figurín citado*), un traje de alpaca blanca con doble falda y paletot igual, todo ribeteado de cintas grana y negras, de terciopelo: la falda de encima figura estola por detrás y lo mismo el paletot, adornado con capucha y tres borlas grana y negras. Sombrero birrete de paja, con ribete de terciopelo encarnado y pluma blanca.

AURORA PEREZ MIRON.







*Jacques Davin*

863

Lamoueux imp. r. Lucepède, 38, Paris

Ad. Goubaud Ed. Paris

## LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92

Coiffures de M<sup>me</sup> Pielfort, r. Grange Batelière, 1 - Modes de M<sup>me</sup> Alexandrine rue Meyerbeer, 21 (Ch<sup>ie</sup> d'Antin)  
 Costumes d'Enfant Au Cardinal Fesch, r. N<sup>ve</sup> S<sup>t</sup> Augustin, 45 - Plumes et Fleurs de L. Coudré M<sup>me</sup> Gilman, Rue de Richelieu, 45.  
 Coiffures de Henri de Bysterveld, Faut<sup>l</sup> S<sup>t</sup> Honoré, 5 - Sousjupes acier Bandelier et Roche Suc<sup>r</sup>, r. Montmartre, 133.  
 Rubans et Passementerie A la Ville de Lyon r. de la Chaussée d'Antin, 6 | Lingerie de la M<sup>me</sup> A la Couronne Impériale, r. N<sup>ve</sup> des P<sup>ts</sup> Champs, 76.  
 Parfums de Violet fournisseur de S. M. l'Impératrice, r. S<sup>t</sup> Denis, 317 | Machines à Coudre de M. C. Grizner et C<sup>ie</sup> Boulevard de Sébastopol, 82.

Entered at Stationer's Hall

LONDON E. Weldon, 22, Tavistock, Street Covent Garden, W. C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena







## INSTRUCCION.

## LA VÍRGEN DEL PUEYO.

¡Oh, mi querido Enrique; oh, mi querido niño! ¿Por qué te entregas á ese vergonzoso arrebató de impaciencia, que contrasta en alto grado con tu inalterable dulzura? No te justifica, no, tu noble emulacion: no te justifica tu noble afán de conseguir el lauro apetecido. Las musas no quieren ver escalado en una hora su sacrosanto templo, y solo admiten en él al neófito, cuando llega precedido del caduco trabajo y la paciencia humilde. Las semillas tardan mucho tiempo en romper el seno de la tierra y los árboles en cubrirse de renuevos. Hasta Dios, que es todo poderoso, hizo el mundo en siete dias, pudiéndole hacer en un solo instante. ¿Crées tú que sea posible trazar obras imperecederas sin meditacion y sin estudio? ¿Crées tú que nuestras celebridades, ante las cuales doblamos humildemente la rodilla, han podido obtener ese divino culto, solo con emborronar un pedazo de papel y entregarlo al viento? No; el lauro inmarcesible de la gloria jamás ciñe una frente que no esté surcada por el trabajo de fatigosas vigiliás. Preguntado un dia Apeles cómo pudo crear tan portentosas maravillas, respondió sencillamente: *No dejando trascurrir ni un solo dia sin trazar alguna línea.*

Si anhelas producir algo notable, abjura ante todo el orgullo y la impaciencia. No te propongas imitar á la araña de la fábula de Iriarte, sino al gusano de seda, que aunque tarde, labra con perfeccion su utilísimo capullo.

El génio es como una hermosa florecilla: hoy se cimbréa sobre su ramaje y mañana sus hojas secas y marchitas alfombrarán la pradera. El estudio es el sábio alquimista que estrahe su esencia, y la conserva para que embalsame por mucho tiempo nuestro ambiente. Ó sino, compara la llama brillante que se eleva de un monton de hojarasca, y un añoso tronco convertido en fuego; la primera brilla y se estingue; el segundo arde durante muchas horas, y calienta nuestros miembros ateridos. ¡La llamarada fugaz es el génio sin estudio, Enrique mio!

Créeme, en saber esperar se cifra la ciencia de la vida. Y no me refiero tan solo al estudio, me refiero á todo lo que tenga relacion con el porvenir de nuestras almas. ¡Cuántas esperanzas defraudadas por no haber sabido aguardar el momento oportuno de realizarlas; cuánta felicidad perdida por haberse querido anticipar á los acontecimientos! Bien sé que eres niño y que la sangre hierve en tus venas, pero el que empieza temprano á dominar sus pasiones, esa da un paso en el camino de la perfeccion, porque la mayor de las victorias es la de vencerse á sí mismos.

Yo tambien he sido impaciente, tierno Enrique, pero oye lo que me contaba mi buena madre, para calmar la febril actividad de mis deseos juveniles.

Hay una ciudad en España, que si no tuviera otros títulos de gloria, le bastarian los de haber sido cuna de los dos hermanos, célebres en las letras, Bartolomé y Lupercio de Argensola. Esta ciudad es Barbastro: divídela en dos el riachuelo Vera, y mientras por un lado la sirven de alfombra frondosas huertas y dilatadas campiñas, por el otro la resguardan altos montes y empinados cerros. Sobre uno de estos últimos descuellá una ermita en donde se venera una imágen milagrosa de María. Llámase la Vírgen del Pueyo, por ser este el nombre del cerro, y el Santuario está lleno de ex-votos y de ofrendas, que los piadosos labradores de las cercanías corren á rendir ante sus aras.

Era una tarde del mes de Abril: el campo estaba tapizado de verde, y sobre su fondo oscuro resaltaban los matices de las flores. Los árboles, sacudidos ligeramente por la brisa, cimbreaban su ramaje, mientras los pajarillos ocultos en su tronco, llenaban el espacio de armonías.

Un jovencillo salió de la ciudad, agitando un ramo de flores que llevaba en la mano.

Era de gallardo aspecto y distinguidos modales.

Parecia muy dichoso, porque sonreía con las blancas margaritas que asomaban su corola entre el follaje, con las líquidas perlas de las fuentes, con las parlerasavecillas ó los insectos de alas de oro, y con las nubes de púrpura que cruzaban por el cielo. Parecia responder en voz baja al himno de amor que elevaba la apacible naturaleza, y que todos aquellos acordes vagos y melodiosos armonizasen perfectamente con las dulces sensaciones de su alma.

Es que Roberto amaba, como se ama una sola vez en la vida; es que se abandonaba por completo á aquella seductora ilusion que nos engaña una sola vez, por dilatada que sea nuestra existencia. ¡Santas é inefables creencias de la primera edad, ¡cómo podrá evocaros la mente que ha conocido el horrendo desengaño! Podrá volverse á amar si se quiere, pero la fé en el porvenir, la confianza en el presente, no añadirán nuevas delicias á las delicias de un amor correspondido. Es que aquellas forman parte de la virginidad, y como ella, una vez perdidas, es imposible volver á recobrarlas.

Para Roberto la voz de Catalina era el eco de todas las voces de la creacion, el fulgor de sus ojos, el foco de todos los resplandores. En una palabra, Catalina era para él cielo y tierra, pasado, presente y porvenir, único iman de su vida, única divinidad, á la cual rendia culto apasionado.

Y digna era Catalina de tan férvido homenaje. Tenia ojos azules de color de cielo en una noche de Enero, largas y sedosas pestañas negras que velaban sus pupilas, y cabellos negros y rizados que servian de marco á sus rosadas mejillas y á su tersa frente. ¿Y el alma? El alma era mil veces mas hermosa que su rostro.

Pero ¡ay! que Catalina era muy rica, ¡ay! que Roberto era muy pobre, ¡ay que los padres de la niña eran sór-



didos y avaros! La constancia de los dos amantes habia triunfado sin embargo de todas las persecuciones, habia desafiado todas las amenazas.

—Si Roberto no es mi esposo, decia la cándida niña á su padre, iré á buscar un refugio en el claustro silencioso.

—Si me arrebatan á Catalina, decia Roberto á su madre, moriré de dolor en vuestros brazos.

La pobre madre lloraba, y rogaba á Dios que se apiadase de su hijo.

Pasáronse dias y mas dias, y cada dia que pasaba aumentaba el amor de los dos niños.

La opinion pública, que siempre se declara en favor de los mas débiles, condenaba severamente la codicia de los deudos de Catalina.

Estos se reunieron una noche para deliberar, porque era preciso tomar un partido. Ya habian apelado á la separacion, que es el mejor antídoto contra el amor. La joven-cilla habia pasado dos años en Cataluña con una tia suya, y habia vuelto mas enamorada que nunca.

—Llamemos á la vieja Marcela, y que ella diga lo que debemos hacer, propuso uno de los parientes, el que gozaba fama de tener mejor consejo.

Marcela era una vieja octogenaria que echaba las cartas, y que tenia una envidiable reputacion de bruja consumada.

Apareció ésta apoyada en su nudoso baston, y dijo con tono sentencioso:

—Para que nunca se os pueda tachar de crueles, someted esta cuestion al azar. Decid á Roberto que si en dos horas lleva un ramo de flores, cogido por Catalina, á la Virgen del Pueyo, y las flores llegan allí si marchitarse, le dareis por esposa á vuestra hija.

Esta inesperada salida produjo una verdadera hilaridad en la asamblea.

La ermita distaba dos leguas de Barbastro, y aunque eran de subida, un jóven robusto podia muy fácilmente recorrerlas en menos del tiempo prefijado.

Marcela no se dió por ofendida con aquellas risotadas, y persistió en su idea.

—Probemos, dijo el padre, mas supersticioso que los otros, y añadió en voz baja, ya sabeis que es bruja.

Cuando Catalina supo la nímia condicion que ponian á su casamiento, estuvo para volverse loca de alegría. Corrió á su jardincillo, cortó las flores mas bellas y lozanas, hizo un ramillete, y voló á entregárselo á Roberto. En vano la madre de éste suplicó á los dos amantes que dejasen su empeño para el dia siguiente, representándoles que la subida era escabrosa y llena de precipicios, muy difíciles de salvar en medio de la noche.

—¡ Esperar tantas horas, dijeron ambos, cuando la felicidad está casi en nuestras manos!

Roberto partió, embriagado de dulces esperanzas, y por esto sonreia con tanto placer á todos los objetos de la naturaleza, cual si quisiera hacerles partícipes de su dicha y su alborozo.

Al atravesar un bosquecillo de árboles frutales, encontró á Marcela, que andaba trabajosamente apoyada en su baston.

—¿ Cuánto hay de aquí á la Virgen del Pueyo? la preguntó con ironía.

—Si andas despacio, respondió la anciana con voz seca y vibrante, dos leguas; si corres, dos y media.

Roberto se echó á reir.

—Veo que los años ofuscan vuestro entendimiento, dijo, cuanto mas corra, mas pronto llegaré.

Y poniendo por obra su idea, echó á correr con toda la agilidad de sus pocos años.

Y corrió, corrió, atravesó barrancos, salvó colinas, dejó atrás la huerta, y llegó al pié del escarpado cerro cuando apenas la luna acababa de asomar en el horizonte. Pero estaba rendido de fatiga, no podia respirar. Vióse, pues, precisado á sentarse, y como su impaciencia no le permitia buscar un sitio conveniente, hizolo al borde de un arroyo. El cierzo de la noche, enjugando el sudor de que estaba inundado, junto con la humedad del agua, le produjeron un fuerte dolor de cabeza; pasado un instante tenia fiebre. Probó á levantarse muchas veces, y muchas veces sus miembros entumecidos se negaron á obedecer al esfuerzo de su voluntad.

El infeliz miraba con ojos estraviados el escarpado peñon que se levantaba amenazador delante de él, y que parecia mas alto envuelto entre las sombras de la noche, y la luna que parecia volar sobre la tersa superficie del cielo.

—¡ Dios mio, Dios mio! exclamó retorciéndose las manos con desesperacion; ¡ si pasasen las dos horas y yo no pudiese llegar!...

Una risita sarcástica respondió á esta exclamacion, y Roberto vió pasar cerca de sí á la vieja, andando tan despacio y tan trabajosamente como antes.

—Es preciso recobrar el tiempo perdido aun á costa de la vida, repuso fuera de sí.

Y haciendo un poderoso esfuerzo se levantó y volvió á emprender su carrera. Pero á los trescientos pasos tuvo que detenerse de nuevo jadeante. La angustia y la impaciencia habian aumentado la fiebre que le devoraba.

—¡ No llegaré, murmuró lleno de espanto; poco debe faltar para las dos horas, y ese maldito cerro tiene una elevacion inmensa! ¡ Perder á Catalina cuando estaba tan próximo á alcanzarla!

Este horrible pensamiento le dió alas... Volvió á emprender su desatentada carrera, pero tuvo que detenerse otra vez y otras ciento. La última cayó al suelo casi perdida la razon. Todo lo veia al través de un velo, todo lo oia de una manera confusa: solo poseia el instinto de la vida.

Pasado un instante se levantó, y echó á andar maquinalmente; pero se detuvo á alguna distancia, gritando con tono desgarrador:

—¡ Las flores; he perdido las flores!

Quiso volver al sitio en donde sin duda las habia dejado, pero la luna, oculta detrás del cerro, no iluminaba aquellos matorrales: dió cien vueltas y no pudo hallarlas.

Cuando ya estaba frenético y desesperado, oyó el ruido del baston de la vieja, al apoyarlo sobre las piedras.

—Dos horas si andas despacio, dos y media si andas de prisa; nunca, tal vez, si corres como has corrido, dijo Marcela con voz lúgubre.

Luego repuso acercándose á él.



—Eres joven y me das lástima. Mira, allá abajo, junto á aquel pino, en donde te caíste por salvar un ancho barrizal, está el ramo de la pobre Catalina.

Y pasó adelante.

Roberto, despreciando su consejo, corrió como un loco hácia el sitio que le habia indicado. Allí estaba, en efecto, el ramo; pero, ¡ay! marchito y lleno de lodo.

Cuando el sol del día siguiente apareció alegre y esplendoroso, ¿sabes lo que alumbró, mi querido Enrique? Al

pobre Roberto desmayado, muy lejos aun de la ermita, y á la vieja triunfante franqueando sus umbrales!

Catalina se metió monja, Roberto se hizo soldado. Recorrió muchos países, sufrió muchas vicisitudes, pero siempre repetía á sus compañeros cuando le pedían un buen consejo: *Dominad vuestra impaciencia, que es el peor de todos los enemigos.*

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### IMPROVISACION.

A mi querida amiga la SRA. D.<sup>a</sup> MARÍA STRAUCH DE DEVOS.

#### ¡Flor de un día!

##### I.

Pobre flor que impuro aliento  
Agostó tu lozania?  
Qué alevosa mano impía  
Tu corola deshojó?  
Por qué orgullosa y riente,  
Hechicera y seductora,  
Te besaba ayer la aurora,  
Y hoy tu brillo se eclipsó?

##### II.

Radiante el sol te prestaba  
Luminosos resplandores,  
Envidia dando á las flores,  
Sobre tu tallo gentil:  
Esparciendo grato aroma,  
De tu cáliz perfumado,  
Al ambiente regalado  
Del pintoresco pensil.

##### III.

Así tambien de la vida  
En su verde primavera,  
Yo aspiraba placentera,  
El ambiente seductor:  
Tambien entre gayas flores,  
Brillaba cándida y pura,  
Brindando franca ternura  
A mis ensueños de amor.

##### IV.

De mi madre el dulce beso  
Mi mejilla acariciaba,  
Y feliz me recreaba  
Con los ensueños de ayer:

Mas la realidad amarga  
Me mostró en mi desventura,  
Que las horas de ventura  
Vuelan para no volver.

##### V.

Hoy como tú desmayada,  
Y de ilusiones desnuda,  
Siento la penosa duda  
Desgarrar mi corazón:  
Como tu cáliz marchita  
Se muestra mi joven alma;  
En vano busco la calma,  
En vano la inspiracion.

##### VI.

En los libros mi consuelo  
Busco á mi profundo hastío,  
Mas siempre encuentro el vacío  
En mi triste soledad.  
Siempre con mis pensamientos,  
Y con mi razón luchando,  
Y del porvenir dudando  
Con recóndita ansiedad.

##### VII.

Por eso con tu pasado  
Al comparar el presente,  
Arde mi impetuosa mente  
En violento frenesí:  
Que al verte ayer tan lozana  
Y hoy marchita y abatida,  
A la imagen de mi vida,  
Flor de un día, miro en tí.

BARONESA DE WILSON.

### EL CAMINO ANGOSTO.

(CONCLUSION.)

##### V.

Turbada proseguía Angélica su camino, ya ocultándose entre las peñas, ya internándose entre los matorrales, para que Carlos no pudiese descubrir adonde se dirigía.



Con este mismo objeto, lejos de detenerse en la cabaña hospitalaria donde gemía su esposo, siguió adelante, dió la vuelta á las ruinas del convento, y permaneció algun tiempo sentada sobre una piedra, dando lugar á que el Rey se hubiese ya alejado de aquellas cercanías.

Estaba melancólica y pensativa: la lucha que acababa de sostener era ruda, y su corazón no había desechado la felicidad que se le ofrecía, sin desgarrarse en mil pedazos. Amaba á Carlos, no por rey, sino por hombre: Carlos era bello, y había sido su primer amor, su casta ilusión primera.

Al medir la inmensidad del sacrificio que había llevado á cabo, prorumpió en amargo llanto; pero Dios, que bendice la lucha del espíritu con las pasiones, acoje con benevolencia el llanto que consagra el vencedor á los perdidos bienes de la tierra! Las lágrimas son las que fecundan la gloriosa palma del martirio!

De repente Angélica oyó un cercano murmullo de voces.

Las voces se acercaban.

Entonces, pálida de espanto, se refugió detrás de una columna, que no estaba iluminada por los rayos de la luna, y permaneció inmóvil, reteniendo hasta el aliento.

Por fortuna los que se acercaban, distraídos con una acalorada disputa, no podían parar en ella la atención.

—¡Te digo que eres un infame, exclamaba el uno, el más joven, yo fui el que lo hice todo, y ahora quieres contentarme con una mezquina recompensa, con la menor parte de la suma que te ha dado Magdalena! ¡Porque yo sé muy bien cuál es la fuerte suma que te ha dado!

—¿No fué este el pacto convenido?

—¿Por qué me engañaste sobre la cantidad que debían darnos en recompensa? Yo lo hice todo, Beltran, yo cargué mi alma con toda la culpa. Yo era el paje favorito de Mailly; yo entresaqué de sus papeles los que podían perderle; yo engañé su confianza haciéndole firmar pergaminos, cuyo contenido ignoraba.

Tú los presentaste, ¿podías haberlo hecho si yo no te los hubiese procurado?

¿Crées que no he sufrido, que no sufro al ver á mi noble señora proscrita y miserable? No como de día, no duermo de noche. ¡Harto cara he comprado la recompensa para que defraudes de este modo mis legítimos derechos! ¡Ah, creías que yo no indagaría lo que te han dado Magdalena y el Duque para hacernos obrar como hemos obrado? Sin embargo, yo me fiaba de tí, yo he acudido tranquilo á la cita, y ¿es con ese miserable óbolo con lo que pretendes contentarme?

—O con nada! murmuró su sombrío compañero.

—¿Con nada? ¿Crees que no tengo lengua para deshacer lo hecho, para revelar á todos tus perfidias?

—¡Hay puñales que cortan las lenguas indiscretas!

El joven, aterrado al oír estas palabras, y mucho más el tono amenazador con que fueron pronunciadas, dió un salto hácia atrás y quiso sacar su espada.

Pero más rápido que su movimiento fué el de su adversario, quien abalanzándose á él le hundió su puñal en el pecho.

—Habla ahora! murmuró con tono siniestro.

Pero al querer inclinarse sobre su víctima para convencerse de que era mortal la herida, oyó ruido de pasos, y vió dibujarse entre la sombra una figura humana.

Con la cobardía, inseparable compañera del crimen, Beltran no se detuvo á examinar quién podía ser el que se acercaba, sino que soltó un grito de terror y echó á correr como un loco al través de los campos.

Sin embargo, la que acudía á interponerse entre la víctima y el asesino, era una débil mujer, era Angélica.

La noche estaba tan silenciosa, que había podido oír parte del anterior diálogo, lo suficiente para saber que el herido era Luis, el paje favorito de su esposo, y por su propia confesión el autor de todas sus desventuras.

Pero era cristiana: en aquel momento no vió más que á un desdichado que sufría, y olvidando su propio peligro, se inclinó sobre él, puso las manos sobre su corazón, y al convencerse de que aun latía, sacó de su pecho el puñal, vendó su herida con su propio pañuelo, y le prodigó cuantos auxilios estuvieron á su alcance en medio de aquella soledad espantosa.

Por fin logró que volviese en sí, y entonces le dijo con dulcísimo tono, estrechándole en sus brazos como si hubiese sido una madre cariñosa:

—Apóyate en mí, Luis, y procura seguirme! La choza que me sirve de albergue está inmediata. Reune tus fuerzas, y procura seguirme...

El joven fijaba en ella sus ojos sin poder dar crédito á lo mismo que veía.

—Vos! vos! murmuró con ronco acento, ¿vos á quien he vendido!

—Yo nada sé de eso Luis, repuso Angélica con dulzura, yo solo sé que estás moribundo y quizás pueda salvarte.

Haz un esfuerzo, sígueme. Apóyate en mí, vámonos, no sea que el tigre vuelva y nos asesine á entrambos.

Luis hizo efectivamente un supremo esfuerzo, se levantó, y apoyado en Angélica pudo llegar hasta la choza que estaba escondida entre un grupo de árboles. ¡Por donde quiera que pasaban dejaban tras sí un largo reguero de sangre!

Y entre tanto la luna seguía difundiendo en torno sus rayos de plata, los ecos de la noche dormían y la naturaleza con su tranquila calma estaba muy lejos de revelar el horrendo crimen del cual acababa de ser espectadora!...

## VI.

Habían transcurrido dos días; era otra vez de noche.

En el interior de una miserable choza, al pálido resplandor de una lámpara próxima á extinguirse, velaba una mujer entre dos lechos de paja, y una cunita de mimbres. En los lechos gemían dos moribundos, en la cuna un niño de rosadas mejillas y blondos cabellos. ¡La vida que empezaba y la vida próxima á extinguirse!

Cerca de la puerta, sentadas la una junto á la otra, sobre un roto banco de madera, estaban dos ancianas que rezaban en voz baja, pasando muy aprisa entre sus dedos las cuentas de sus rosarios. En aquella lúgubre estancia, solo se oía el murmullo de sus preces y los ayes de dolor que exhalaban los enfermos.



Una de aquellas dos ancianas era Ursula, que juntamente con el niño encargado á su lealtad, habia venido á reunirse á su señora; la otra era la dueña de la pobre choza.

—¡Cuándo apenas teníamos recursos para nosotras, murmuraba esta última entre unas y otras preces, cuándo apenas bastaban nuestros desvelos para atender á un enfermo, nos encontramos con dos! ¿Qué os parece de todo esto, señora Ursula, qué os parece? ¡Digo, y mucho mas cuando ese infeliz es causa de todo el daño!

—¡Haz bien y no mires á quién! respondia sentenciosamente Ursula, cada vez que era de este modo interpelada.

Angélica iba y venia de un lecho á otro, dando cordiales, prodigando consuelos y esperanzas.

—¡Ah! murmuró de repente Eduardo; ¿y es posible que mi corazón haya podido albergar otra imagen que la tuya, santa mujer, á quien quisiera poder adorar toda la vida de rodillas! ¡Oh, cuánto daria por recobrar la salud y demostrarte con una adoracion sin límites todo el amor, todo el agradecimiento de que está rebosando mi alma! Pero no, mi vida se estingue; no soy digno de merecer tal consuelo!... ¡Ojalá que despues que yo haya muerto, Angélica, halles otro corazón mas noble que el mio, sobre el cual puedas descansar la frente! ¡Oh, no te vayas, no te alejes, ven!... ¡Tu voz calma mis tormentos, tu voz es una música deliciosa que quisiera escuchar eternamente!...

—¡Por qué hablas de morir! respondió con dulzura Angélica. ¡Olvida el pasado; yo lo he olvidado ya! Eres jóven, recobrarás las perdidas fuerzas, huiremos á un pais extraño con nuestro hermoso niño, y hallaremos con el trabajo de nuestras manos sustento para el cuerpo, felicidad para el alma!

—¡Angélica, Angélica! exclamó Eduardo vivamente conmovido, y sus ojos se fijaron en ella con un arrobamiento indecible.

—¡Mea culpa, mea culpa! decia entretanto en voz baja el otro enfermo, golpeándose el pecho.

Desde que estaba allí, no hacia mas que repetir con espantosa volubilidad estas palabras.

Su estado era horrible, la ancha herida incurable, y solo un milagro parecia prolongar aquella existencia, próxima á extinguirse para siempre.

Angélica corrió á él, le dió á beber un poco de agua que habia en una vasija de barro, y entonó una oracion con acento tierno y fervoroso.

—¡Mea culpa, mea culpa! murmuró el jóven cogiendo sus manos y cubriéndolas de besos y de lágrimas.

En aquel momento se abrió de par en par la puerta, y aparecieron en su dintel dos guerreros.

Eran Carlos y Roberto: Carlos y Roberto, que despues de mil inútiles pesquisas, habian hallado por fin el misterioso asilo do se albergaban los proscriptos.

Un grito ahogado se escapó de todos los labios; ¡ todos habian reconocido al monarca!

Este contempló durante algunos instantes el cuadro doloroso, despues se adelantó lentamente, y al ver que el niño, despertado con su presencia, tendia hácia él las manecitas, se inclinó y le dió un beso en las mejillas frescas y sonrosadas.

—¡ Señor! exclamó Angélica, soltando un grito de inefable júbilo.

—¡ Los reyes son imágenes de Dios sobre la tierra! murmuró lentamente Carlos sin mirarla; los reyes no deben vengar ofensas particulares; los reyes deben perdonar, para que en su dia sean perdonados! Alienta, Eduardo de Mailly; desde este instante cesa tu castigo; te devuelvo tu libertad, tus bienes. ¡ Si has delinquido, que Dios te lo tenga en cuenta: el rey de la tierra te perdona!

Un ¡ ay! doloroso le interrumpe: Carlos se vuelve; Luis estaba incorporado sobre el lecho: estaba tan pálido, que parecia un cadáver galvanizado, á quien reclama otra vez la tumba.

Pero la emocion habia dado lucidez á su mente y elasticidad á su lengua para espresar su pensamiento.

—¡ Señor, balbuceó, es inocente!... yo le vendí... yo, abusando de su confianza, le hice firmar papeles cuyo contenido ignoraba; yo forjé otros que debian perderle!... Beltran, el escudero de Magdalena me compró con engañosas promesas!... ¡ Me pagó sus promesas con la hoja de un puñal, allí, en las ruinas!... Las ruinas estarán aun manchadas con mi sangre!...

Mi santa señora, me socorrió, me trajo aquí, ¡ á mí, al ingrato, al traidor, al desleal!... ¡ Ella me ha cuidado, ella me ha consolado!... ¡ Dios la bendiga!... ¡ Perdon, perdon! ¡ Si pudiese morir perdonado!

—Yo te perdono, en nombre de todos, Luis! exclamó Angélica con dulcísimo tono.

El moribundo estendió hácia ella sus manos trémulas, exhaló un suspiro de gratitud inmensa, y como si hubiese aguardado aquel supremo instante para entregarse al sueño eterno, cayó exánime sobre el lecho.

¡ Habia muerto!

—¡ De rodillas, de rodillas! exclamó Angélica con santa unción; ¡ recemos por el infeliz arrepentido, y Dios le abrirá las puertas de su Sagrario!

Y mientras todos, incluso el Rey, entonaban las preces mortuorias en sufragio de su alma, Ursula repetia en voz baja, pasando y repasando las cuentas de su rosario.

—¡ Haz bien y no mires á quién: haz bien, y del beneficio brotará la recompensa!

## EPÍLOGO.

El Rey hizo justicia completa: hizo buscar á Beltran, el matador de Luis, y le obligó á confesar públicamente la inocencia de Mailly y su propio delito; desterró de su reino á Magdalena y al Duque de Alenfort; pero antes quiso que presenciasen en Choisy la entrada triunfal de Angélica y su esposo, á quien devolvió con creces todos sus bienes, todos sus honores.

Transcurrieron largos años: Carlos empuñaba el cetro de Francia, temido por los extranjeros, bendecido por sus vasallos.

Angélica vivia con Eduardo en Choisy, y era tan feliz como se puede serlo en este mundo.

Jamás esposa alguna habia recibido tantas pruebas de cariño y de respeto como ella las recibia del compañero de su vida; jamás ninguna madre habia sido tan respetada como ella por sus numerosos hijos.

Un dia, hallándose en el templo, vió á una mendiga que pedia limosna junto á la pila del agua bendita. A pesar de los harapos que la cubrian, á pesar de las enfermedades



que habian marchitado sus facciones, reconoció á la en otro tiempo orgullosa Magdalena.

—Hé aquí adonde os ha conducido vuestro singular desafío! la dijo con un acento bondadoso, que templaba la amargura de las palabras. ¡ En la vida hay dos sendas, ancha y florida la una, que conduce al precipicio; angosta y erizada de espinas la otra, que conduce á la ventura. ¡ Lo habreis aprendido á vuestra costa! Sufrís: Dios os habrá perdonado; yo os perdoné hace ya mucho tiempo.

Venid á mi casa, sed mi hermana; tendreis un lecho regalado, manjares regalados; mis criados serán vuestros criados, serán mis hijos vuestros hijos.

Al decir esto, cogió de la mano á la infeliz mendiga que sollozaba amargamente, y la condujo por entre la absorta multitud á su casa.

Cumplió su promesa: Magdalena fué su hermana, la consoló, la cuidó en su enfermedad postrera, y cerró sus

ojos para que durmiese en paz el sueño de los arrepentidos.

La vida de Angélica fué una larga série de felicidades no interrumpidas, y cuando Dios la llamó tambien á su seno, espiró en los brazos de su esposo y de sus hijos, amada y bendecida.

Abundantes lágrimas se derramaron sobre su sepulcro, y su nombre pasó á ser proverbial para significar el modelo de las esposas. ¡ El lauro que se gana con la virtud no se marchita nunca, y solo desaparecerá el recuerdo de Angélica con las ruinas de Choisy!

En cuanto al rey, cuentan las crónicas que en todas las decisiones importantes de su vida, alzaba los ojos al cielo y murmuraba el nombre dulcísimo de Angélica, y que fué tambien el nombre de Angélica el que pronunciaron sus labios antes que la muerte los sellase con su sello eterno!

MARÍA DE LA CRUZ.

FIN.

## MODAS.

### Explicacion del Figurin de Peinados.

Núms. 1 y 2. *Peinado para sociedad*, compuesto de cocas por toda la cabeza, y tirabuzones y sortijillas postizos.

Abrese raya para este peinado en medio de la frente, de diez centímetros de larga, y otra de una oreja á otra, atando los cabellos en tronco despues de separar un mechón á cada lado, que baja desde la raya á la nuca: los rizos se dividen, el izquierdo en dos partes, haciendo con la mas baja una coca hácia arriba y otra hácia abajo, y con la superior otras dos, dejando liso el lado derecho sobre una sola almohadilla, con lo cual resulta un rizo liso y otro de cocas escalonadas. El pelo de atrás, que se ha sujetado bastante alto, se divide en cuatro partes, que se reparten en cocas, haciendo otras dos muy bajas detrás de la oreja con los dos mechones que se dejaron sin atar. Completa el peinado un tirabuzon largo á la izquierda, tres cortos á la derecha con sortijillas que parecen salir de ellos mismos y grupos de estas entre los huecos de las cocas, que como los bucles, son postizos.

Núms. 3 y 4. *Peinado para teatro*, con cocas por delante y gran trenza formando moña por detrás.

Abrese raya para este peinado como para el anterior, repartiendo el pelo de adelante en dos partes, despues de atar el de atrás, dejando á cada lado un mechón, como se ha explicado para el otro. Con el mechón inferior de cada rizo, se hace una pequeña coca vuelta, levantada sobre almohadilla, y con el superior dos cocas, una hácia arriba y otra hácia abajo, las que forman un lazo, atravesando las puntas del pelo por el centro para formar la corbata: lo mismo se repite en el otro rizo, y por detrás se ejecuta una trenza de cuatro ramales con relleno, formando la moña solo la primera falange de la trenza. Terminan el peinado dos cocas detrás de cada oreja, formadas por el mechón que se dejó suelto, y una cinta de color de rosa entrelazada en el peinado, y que descende por los lados adornada de sortijillas de pelo.

NUM. 5. *Moña postiza* de crepé formando mariposa: la parte inferior con el cabello rizado y las de los lados lisas; con la superior se hacen dos cocas ó retorcidos pequeños, y uno mas largo que cruza el centro, y hasta el cual llegan otros dos retorcidos que van entre las almohadillas de los lados y la de abajo.

NUM. 6. *Moña postiza*, formada por cocas hechas con el pelo ondulado, y prendidas al crepé: hácese primero la del centro y despues las otras, colocándolas de modo de redondear la cabeza, terminándola al pié una hilera de bucles cortos.

NUM. 7. *Moña postiza para sociedad*, formada por

grandes retorcidos del pelo sobre tul, colocados en espiral, y con grupos de sortijillas en los huecos. Un largo retorcido flojo va colocado á la izquierda á modo de tirabuzon, y una guirnalda de hojas de parra con fruto de oro, se prende á la derecha, dejando tambien flotar la punta.

### Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

Núms. 1 y 2. *Gorra* de niño, bordada con aplicacion de muselina, sobre tul.

Núms. 3 y 4. *Cuello* y *puños*, bordados á punto ruso y Méjico, con jareta de la misma tela al canto.

Núm. 5. *Entredos*, que lleva bordado de cordoncillo con aplicaciones de cuadros de malla, sujetos á la tela, recortada por medio de un feston.

Núm. 6. *Otro entredos*, bordado con trencilla y á punto Méjico, para enagua.

Núms. 7 y 8. *Idem*, bordados á punto Méjico y ruso.

Núm. 9. *Pañuelo*, de aplicacion de batista sobre tul de Bruselas y *plumetis*.

Núm. 10. *Idem*, que se hará con la guirnalda del cuello núm. 4 del pliego anterior, y una raya debajo para terminarle con jareton. Este va bordado á *plumetis*.

Núm. 11. *Acerico*, bordado de cordon ó de trencilla.

Núms. 12, 13, 14 y 15. *Cifras*, bordadas á realce y *plumetis*. La última lleva una corona de Conde.

Núms. 16, 17 y 18. *Idem*, bordadas á realce, y la última á cordoncillo ó cadeneta.

NUM. 19. *Clotilde*, bordado á punto Méjico.

El patron que va á la espalda es correspondiente al cuerpo dibujado en el mismo, el cual es de muselina blanca, bordada de estrellas y guarnecido en el cuello, mangas y tirantes del hombro, de encaje de Cluny, y entredos á la pegadura.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14



1



2



3



4



5



7



6



Septembre 1867

Imp. Godard, Paris.

# CORREO DE LA MODA



